



NOTAS

SEMBLANZA DE SAN JUAN MASIAS *

Armando Nieto Vélez S. J.

Al anochecer del 16 de setiembre de 1645, en una estrecha celda del convento de Santa María Magdalena, se extingue para el mundo la vida de un humilde lego dominico que, venido de pueblos de Extremadura, había pasado veinticinco años en Lima. La noticia de su muerte se extendió rápidamente por toda la capital del virreinato, alterando la placidez habitual de la ciudad. Al alba del día siguiente una multitud se congregó en el templo para asistir a la sepultura de aquel sencillo religioso. Las crónicas de la época relatan el acto del entierro; centenares de personas, incluyendo al Virrey marqués de Mancera, al arzobispo Villagómez, oidores, cabildos, comunidades religiosas, pugnaban en extremo desorden por cargar el ataúd que contenía los restos de fray Juan Masías, el santo portero de la Recoleta. Entre oraciones y gritos de triunfo, los restos fueron conducidos a la fosa recién abierta delante del altar, en la sala del capítulo.

28 de setiembre del Año Santo de 1975. El Papa Pablo VI, ante una inmensa muchedumbre anuncia al mundo la santidad heroica de Juan Masías, y al canonizarlo, lo proclama ejemplo para todos los cristianos, demostrando así que en esta tierra, en que tantas cosas se extinguen y olvidan, el recuerdo de los hombres santos perdura y se agiganta rompiendo las barreras del tiempo y del espacio. Fray Juan Masías sigue viviendo en el corazón de los hombres trescientos años después de muerto, y su glorificación es causa de júbilo no sólo para esta ciudad y la Orden en la que se santificó, sino para toda la Iglesia que ve en él un modelo y un intercesor.

La Orden de Predicadores ingresa en la historia del Perú con el primer impulso de la Conquista española. Fray Vicente Valverde advierte pronto las inmensas necesidades espirituales del nuevo reino del Perú y decide pasar personalmente a la metrópoli, a fin de reclutar más sacerdotes. Consigue así en 1535 y 1536 nuevos refuerzos dominicos. Vienen al

* Leída en el acto académico celebrado en el Instituto Riva-Agüero el 29 de setiembre de 1975.

Perú fray Gaspar de Carvajal, que acompañó a Orellana en el descubrimiento del río Amazonas y nos ha dejado una emocionante narración de las peripecias y penalidades que colmaron aquel heroico viaje hacia lo desconocido; y fray Tomás de San Martín, el primer superior de la Provincia de San Juan Bautista. Prácticamente toda Centroamérica y casi toda América del Sur dependían de Lima. “Queremos y ordenamos —reza una bula de Paulo III— que en la ciudad que se dice de los Reyes, la casa se erija en convento debajo del título de Santa María del Rosario”. De este modo se entabla formalmente el convento que fue “cabeza de esta provincia y el seminario de toda ella de donde se proveen todos los conventos y doctrinas desta provincia suficientemente y se crían casi todos los religiosos que en esta provincia toman el hábito”, según dice un antiguo documento.

En 1550 fray Tomás de San Martín viaja a España y obtiene la creación de la Real Universidad de Lima. Trece años después, el Estudio General de los Dominicos se coloca bajo la advocación del evangelista San Marcos. Insigne colaborador de fray Tomás de San Martín fue fray Domingo de Santo Tomás (1510-1570), autor de la primera gramática quechua, primer obispo de Charcas, fundador de conventos y escuelas, misionero de Huaylas, informante sagaz de Cieza de León y auténtico animador de la primera universidad peruana. Raúl Porras lo considera el iniciador de la lingüística en el Perú. Treinta años de duro trabajo en América lo alinean en la mejor tradición dominicana de estudio y de defensa de los aborígenes.

La expansión de la Orden de Domingo de Guzmán en el Perú hacia la segunda mitad del siglo XVI es rápida y abarca la compleja geografía del virreinato. Al convento de Lima se suman los del Cuzco, Potosí, Chucuisaca, Tarija, Arequipa, Parinacochas, Huamanga, Huancavelica, Castrovirreina, Condesuyos, Huánuco, Trujillo, Chicama, Yungay, Chíncha, Jauja, Huancayo, Callao y hasta la lejana Panamá, que dependía de la Provincia de San Juan Bautista. En total unos trescientos religiosos, entre clérigos, legos y novicios. El fecundo crecimiento de la provincia obligará a crear dos nuevas demarcaciones: la de Santa Catalina Mártir, de Quito, y la de San Lorenzo, de Chile. Esto ocurría en América, en 1585.

El 2 de marzo de aquel mismo año nació en Ribera del Fresno, de la provincia de Badajoz, el primer hijo de Pedro de Arcas y de Inés Sánchez. La infancia de Juan fue pobre, visitada por la tristeza de la pronta muerte de sus padres. Tocóle además ser testigo de las epidemias y pestes, que la medicina de entonces no acertaba a contener. En ese ambiente de pobreza y penuria, se inicia Juan Masías como pastor.

Sale luego de su tierra natal, no por vocación de trotamundos, sino urgido por la necesidad. Lleva consigo el rosario de su madre, devoción a la que fue fiel toda su vida; y una sólida piedad, lineal y sencilla, no ilustrada con libros y doctas instrucciones, sino alimentada en el trato ín-

timo de la soledad con Dios. De esta época pastoril sin lirismos es una decisiva experiencia religiosa, cuyos detalles transmitió Juan solamente al final de su vida a su confesor, fray Gonzalo García. Le pareció ver a san Juan Evangelista, que le hacía sentir la predilección de Dios y un futuro viaje a tierras muy remotas. Esta visión le quedó grabada de modo indeleble toda su existencia.

Pasó a Sevilla, emporio del comercio ultramarino. Apreció de cerca este mundo insólito, tan distinto de su mundo interior, avezado a otras navegaciones. Volvió a las regiones extremeñas a ejercer siempre las duras labores de pastor; y ello por casi veinte años, rematando sus horas de trabajo al aire libre con la quietud de la oración en los penumbrosos ambientes de las iglesias a donde su oficio lo conducía: Dos Hermanas, Los Palacios, Villafranca, Cabezas de San Juan, Lebrija, Venta del Cuervo, Jerez de la Frontera... En Jerez conoce a religiosos de Santo Domingo, en cuya iglesia gustaba de pasar largas horas de contemplación.

Entra luego a servir a un mercader que viaja al Nuevo Mundo. En Sevilla prepara la travesía hacia América. Se embarca probablemente en Sanlúcar de Barrameda, en uno de los galeones que hacían la carrera de las Indias. Es el año del Señor de 1619 y Juan Masías está en los 34 de su edad.

Tras cuarenta días de navegación avistan tierra firme. Es Cartagena de Indias, puerto sobre el Atlántico y centro del tráfico negrero. Juan deambula por las calles de Cartagena bajo el sol tropical, y su corazón se encoge de pena ante las humillantes escenas del comercio de esclavos. La historia no lo dice, pero no es improbable que Juan hubiese oído hablar de Pedro Claver, que llevaba ya nueve años dedicado íntegramente a su heroico apostolado entre los esclavos. El comerciante que había traído de España a Juan Masías declara que ya no lo necesita; lo cree inhábil porque ignora los elementos de las cuentas aritméticas. Juan se pone en camino nuevamente. El mismo nos ha indicado su derrotero: "partí de Cartagena a la Barranca; luego hallé una canoa y fui a Tenerife, pasé a Mompós, y de allí a Ocaña, Pamplona, Tunja, a la ciudad de Santa Fe de Bogotá y por el valle de Neiva, con flotilla, por temor de los indios de guerra vinimos a Timaná, y de allí a Tocaima y Almaguer; luego a la ciudad de Pasto y al fin Quito. De Quito a pie y a mula, llegué a esta ciudad de Lima, de suerte que nuevecientas leguas que hay de esta ciudad de Lima a Cartagena vinimos en cuatro meses y medio". Escueto relato que no registra las asperezas e incomodidades del camino. Aunque acostumbrado a las privaciones de su vida anterior, Juan experimenta en el viaje nuevas penalidades e inclemencias. Por fin, llega a la Ciudad de los Reyes en el mes de febrero de 1620.

De primer intento recurre a los propietarios de ganado. Ahora es Pedro Jiménez de Menacho, dueño del matadero más grande de la capital, del que se aprovisionaban casi todas las carnicerías de Lima. Menacho,

por sobrenombre "El Rastrero", contrató a Juan para pastorear el ganado de Castilla en una de las haciendas que poseía en las afueras. Pero el afán de contemplación, de un mejor servicio a los demás y de una austeridad de signo religioso no deja de acicatear al mayoral de las ovejas. Así conoce la existencia de un convento dominico —llamado de la Venturosa María Magdalena—, verdad que no tan antiguo y célebre como el del Rosario, pero que ya se distinguía por el rigor de su regla y observancias. Más de una vez haría nuestro santo el trayecto de nueve cuadras entre el Convento de Santo Domingo y la Recoleta, siguiendo el actual jirón Camaná y la calle de la Amargura, denominada así por el viacrucis que se solía practicar durante la cuaresma entre los dos centros de los Padres Predicadores.

Juan tardó algo en comprender que su destino estaba en los claustros de la Recoleta. Nos cuenta cómo llegó la decisión final. "Estuve en este oficio de guardar ganado como dos años y medio. Después de este tiempo fuíme a mi amo un día y díjele: hermano Ximénez, la voluntad de Dios es que yo vaya a servirle a la casa de la Penitente Magdalena de los Predicadores. Dos años ha, y más, que la sirvo con fidelidad y verdad; mire su merced el libro, en qué mes entré...; haga la cuenta de la soldada que me debe y dará de ella a las pobres buenas y necesitadas, hasta doscientos pesos; lo demás envíelo al portero de la Casa, fray Pablo, para el convento. Yo no le he defraudado en nada. Perdóneme los descuidos que, como hombre flaco, habré tenido. Víneme al convento y el bueno de Ximénez Menacho cumplió, con brevedad, lo prometido y mucho más porque, dada la limosna a las pobres, envió a fray Pablo, el portero, el alcance y después, hasta que murió, me envió muchas limosnas".

A los 37 años Juan Masías descubre la clave de bóveda de su edificio espiritual. Por ásperos senderos, por caminos descaminados, por sabanas, manglares y cordilleras, Dios trae finalmente a este peregrino del Infinito a un rincón de Lima. Pide ingresar en la Orden dominicana como lego cooperador, como lo eran fray Martín de Porras (a quien llegó a tratar fraternalmente) y el portero de la Recoleta, fray Pablo de la Caridad.

La creación de la Casa de Santa María Magdalena se debió al P. Maestro Juan de Lorenzana, confesor de santa Rosa en los últimos años de su vida, el cual, deseoso de dar a su Orden un lugar de rigurosa observancia, decidió —de acuerdo con la consulta de Provincia— hacer nueva fundación en Lima. Se dio principio en 1606 a la fábrica del convento en la contigüidad de la huerta de San Jacinto. Dice el cronista Meléndez que aquella casa parecía un epílogo del Cielo. "No se oían otras veces que las del coro, lo demás era silencio, estudio y meditación... La Regla andaba en su punto, las constituciones en su rigor". Las normas, sabias y exigentes, merecieron ser transcritas por el cronista de Guatemala fray Antonio Remesal en la "Historia de la Santa Provincia de Chiapa".

De aquel convento, hoy habitado por Padres de los Sagrados Corazones, nos ha dejado páginas evocativas José de la Riva-Agüero y Osma, al co-

mentar el libro de Pedro Benvenuto Murrieta, “Quince plazuelas, una alameda y un callejón”. Riva-Agüero llama a Juan Masías “uno de los más puros místicos de nuestro siglo XVII”, a quien consultaban no sólo los Oidores y la más calificada nobleza de Lima, sino el propio Virrey Marqués de Mancera y su hijo D. Antonio de Toledo. “Iban primero a confiarle sus cuitas y perplejidades de ánimo; y rezar después ante su tumba, colocada en la capilla particular de la portería”. “Otra gloria tuvo, y de alta nombradía literaria, este convento de la Recoleta: haber sido residencia, por varios años, de Fray Diego de Hojeda, el Milton peruano, autor de la *Cristiada*”. “No era cenobio relajado y trivial —añade Riva-Agüero— el que tales habitantes albergaba”, y compara esas recolecciones o descalceces a “islas incontaminadas, heroicas y abruptas” en medio de la laxitud que ya se advertía en algunos conventos coloniales.

Juan Masías tomó el hábito el 23 de enero de 1622. Se consagra sin reservas a la tarea de la perfección religiosa, anhelante de suplir con el tesón y brío de su entrega los años que él estimaba perdidos fuera del convento. El Padre Prior lo nombra segundo portero de la Casa, al lado de fray Pablo de la Caridad.

Su austeridad y mortificación puede hoy parecernos extremosidad exagerada; pero en él, que como santo poseía la verdadera óptica de las cosas, era consecuencia de su encendido amor a Dios y del deseo de imitar a Cristo. Podía aplicársele el lema de San Bernardo: “La medida del amor divino es amar sin medida”. Con frases que revelan su profunda humildad, su caridad con los necesitados y el metal de su abnegación, dijo Juan Masías poco antes de dejar este mundo: “comencé yo, pecador, a tener seis y siete horas de oración, de día y de noche: y cierto digo verdad que me faltaba tiempo y me parecía un cuarto de hora. Vestíame de cilicio y, a veces, me ponía una cadena al cuerpo, ayunaba tratando mal al pobrecito de mi cuerpo. Ahora, me pesa y le demando perdón. Porque eso fue, veinte y cuatro años, hasta ahora que salgo de esta miserable vida; jamás le tuve amistad, tratélo siempre como a enemigo; la segunda porción y pitanza le daba a comer y no más, con un pedazo de pan; lo demás daba a mis pobres; dábale muchas y ásperas disciplinas con cordeles y cadenas de hierro: Ahora me pesa, que al fin, me ha ayudado a ganar el Reino de los Cielos”.

Hizo la profesión religiosa el 25 de enero de 1623, en la fiesta de la Conversión de San Pablo. Se nos ha conservado la fórmula de su entrega: “Yo, fray Juan Masías, hago profesión y prometo obediencia a Dios, a la bienaventurada Virgen María, al bienaventurado Domingo y a vos muy reverendo padre Salvador Ramírez, prior de este convento de Santa María Magdalena en representación del reverendísimo padre Serafín Secchi, maestro general de la Orden de Frailes Predicadores y a sus sucesores, según la Regla de San Agustín y las Constituciones de los Frailes Predicadores: Que te seré obediente a ti y a tus sucesores hasta la muerte. Recíbeme, Señor, según tu palabra y viviré y no confundas mi esperanza”.

Quienes conocieron a Juan han recompuesto los rasgos de su porte físico: "Era de mediano cuerpo, el rostro blanco, las facciones menudas, la frente ancha, algo combada, partida con una vena gruesa que desde el nacimiento del cabello, del que era moderadamente calvo, descendía al entrecejo, las cejas pobladas, los ojos modestos y alegres, la nariz algo aguilena, las mejillas enjutas y rosadas, y la barba espesa y negra" (Meléndez).

La distribución ordinaria de la vida en el convento de la Magdalena no contenía sucesos llamativos ni mucho menos espectaculares. Era el lento y rutinario desgranarse de las horas y de los días, que va purificando y lavando de escorias el oro de la entrega. En esa existencia retirada no faltan ni la oración larga ni la caridad con los pobres de Lima, que acudían asiduamente a la portería de la Recoleta. Y todo ello, aun las gracias y favores místicos, extraía su sentido de la adoración humilde y llena de fe del Misterio Eucarístico, fuente de la unión íntima entre Dios y el alma.

Y así muchos años, largos años, en la fragua de la vida consagrada, en que el religioso Juan Masías es martillo y yunque a la vez; sin los cansancios pronto, ni la inconstancia novelera, ni los desfallecimientos consentidos, que son el tósigo de la santidad. Juan Masías no fue santo porque hizo cosas extraordinarias, (que también se cuentan en su biografía), sino porque hizo las cosas ordinarias extraordinariamente bien. Esa es su grandeza y ésa es también la medida de su santidad, la que la Iglesia pone a nuestros ojos para que la imitemos. No se le ha canonizado por la excelencia de sus dones místicos ni por sus penitencias corporales; sino por el heroísmo de su caridad teologal, que no es simple filantropía sino actitud de entrega y de abierta disponibilidad frente a Dios y el prójimo. Aquellos dones y maceraciones extremas pueden faltar; ésta —la caridad— jamás, y es un criterio infalible, que no admite apelación.

La lección de Juan Masías consiste en el primado de la caridad y de la dimensión religiosa. Eximios filósofos contemporáneos como Max Scheler y Eduard Spranger proclaman que hay una jerarquía de valores, y que por encima del hombre deportivo, del hombre técnico, del hombre económico, del hombre político y aun del hombre moral, se halla el hombre que encarna el valor religioso, es decir, el santo. No es que nieguen la importancia de la contribución al desarrollo material y a la promoción del bienestar de la existencia. Pero todo ello, aun en el supuesto de que se alcance plenamente, no es un fin en sí mismo, sino que se subordina a los superiores objetivos del hombre, ser esencialmente abierto a la trascendencia y urgido de dar una respuesta personal al llamamiento de su Creador y Padre. Resulta por ello actual, en esta ocasión gloriosa para la Iglesia y para la nación peruana, citar las frases del primer biógrafo de San Juan Masías, el cronista limeño Juan Meléndez, que justifican el título de su obra "Tesoro verdadero de las Indias". Aunque el párrafo cooresponde al estilo de una época alejada trescientos años de la nuestra, acierta fundamentalmente

al colocar los valores de virtud y bondad por encima de los materiales, que encandilan funestamente a hombres y sociedades. Dice así Meléndez:

“puede gloriarse el Perú, que más de estos montes de santidad y virtudes que de los que se descuellan por entre sus nevadas cordilleras ha dado al mundo, y al Cielo más tesoros de caridad, humildad y pobreza de espíritu, para el ejemplo de todos, que oro, plata, perlas y piedras preciosas en que cebar la avaricia de tantos, que han perecido entre la falsedad de sus riquezas, y puede decir mi Religión Soberana trasplantada en el Perú comparando sus tesoros a los que da aquella tierra, lo que de boca del Sabio citamos en la estampa del principio: “Mejor y más estimable es mi fruto, que el oro y piedras preciosas, y mis renuevos más dignos de codiciar que la plata acendradísima”.

En recordar ese sentido superior de la santidad cristiana, encarnada en un hombre que floreció en nuestro país, consiste el homenaje de esta noche. Giovanni Papini dijo con ligereza alguna vez que América es continente que no ha dado ningún santo. “Sólo el Perú —responde el escritor español José María Sánchez Silva— da un cumplido mentís al genial basilisco italiano”. Y es que San Juan Masías, como Rosa Flores de Oliva, Toribio de Mogrovejo, Francisco Solano y Martín de Porras, exhibe desde esta tierra el valor imperecedero de la santidad, y señala a todos los pueblos —como en la parábola del tesoro escondido— el humilde camino de la verdadera grandeza. Agradecemos hoy a Dios esa luz y ese ejemplo.